

Jaume Funes,
autor del libro “El Humanismo en tiempos digitales”

No hay tecnología que abra nada, si las personas somos resistentes a abrirnos, descubrir y construir juntos nuevas realidades.”

Jaume Funes es psicólogo, educador y periodista. Una de las personas que mejor conocen el mundo adolescente. Autor de artículos y numerosos libros, entre los que destacan “Quiéreme cuando menos lo merezca... porque es cuando más lo necesito” (2018). Es además, un preocupado investigador de un tema de actualidad como la salud mental, sobre la que ha escrito “Cuando la vida nos duele. Construir la salud mental y recuperar la felicidad” (2022). Jaume Funes ha colaborado en diversas ocasiones con CCOO Irakaskuntza realizando conferencias, presentando sus libros o colaborando con artículos como en el Informe sobre “La Salud mental en la Educación”, del IEES (2023).



Pablo García de Vicuña
Director IEES

pablogarcia@ccoo.eus @

Gaiak: El subtítulo del libro nos habla del desconcierto que el mundo digital puede estar provocando en las sociedades actuales. ¿A qué te refieres concretamente?

Jaume Funes: Situémonos: vivimos en un mundo de cambios acelerados, profundamente mestizo, injustamente desigual. Los cambios sociales drásticos, como la inmersión digital, suelen tener como principal efecto la pérdida de sentido de las explicaciones existenciales dominantes. Impactan en eso que genéricamente

llamamos culturas y los sentidos de la vida personal y colectiva quedan obsoletos, inadecuados o insuficientes.

A ratos, el mundo digital agrupa las representaciones de todo lo que hoy en día nos causa miedo, concentra todos los pánicos, le atribuimos todas nuestras inseguridades.

Por si fuera poco, el universo digital, en el que ya viviremos siempre, nos pone ante un espejo y nos descubrimos desnudos de humanismo, o con buena parte de lo que podemos considerar humanismo, en el desván de los trastos inútiles.



G.: ¿De qué hablamos? ¿De desconcierto, de miedo o de negocio?

J. F.: Hace una década, nos dijeron que la transformación digital serviría para facilitar nuevas oportunidades a las personas “desfavorecidas” en el mundo analógico. Era un sueño. Imaginamos que sería más fácil el acceso al saber, la posibilidad de generar información, la comunicación más democrática, la universalización de la creación...

Despertar del sueño fue comprobar que mundo digital es una parte de la sociedad de mercado y sus cambios son valores de mercado que se introducen como mercancía en una acrítica sociedad de consumo. Es fácil descubrir, por ejemplo, cómo algunas personas asocian una parte de la felicidad a algunas funciones de su móvil.

La tecnología no tiene por qué ser como la defina el mercado, ni se desarrolla automáticamente sin dirección, pero es así. Nuestro problema es que todo lo humano, todas nuestras necesidades, pueden ser convertidas en negocio y el capitalismo digital crea necesidades para hacer negocio.

G.: Si la tecnología puede contribuir a deshumanizarnos, ¿de qué manera podemos aprender a ser personas?

J. F.: Las tecnologías ni son ni tienen que ser humanizadoras. Somos los humanos quienes pensamos y decidimos el uso humano, las ponemos a servicio de una u otra manera de ser personas, de convivir o de ser ciudadanos. Las tecnologías digitales nos deshumanizan no porque inutilicen nuestros viejos argumentos, no lo hacen porque tengamos que construir nuevas razones para vivir, sino porque consiguen que aceptemos vivir sin argumentos.

Cuando una tecnología crea nuevas posibilidades, contextos y realidades, los seres humanos también debemos crearle algún sentido o recuperar y adaptar los sentidos que habíamos olvidado.

Pero no deberíamos olvidarnos del contenido de la palabra humanidad. Por eso dedico buena parte del libro a “propuestas para construirse como personas en un mundo que no dejará de ser digital”. Ser humano, escribo, es poder dudar, desear saber, formar parte de una comunidad, construir intimidad, amar, poder definir al menos una parte de la felicidad, no convertir la mentira en verdad, admirar y construir belleza, imaginar futuros....

Parece que emociones y sentimientos quedan fuera, pero el mundo digital, virtual, modula nuestras relaciones afectivas.



G.: En el libro aparece en varias ocasiones el término “vacío” ¿A qué te refieres?

J. F.: Los acelerados cambios digitales producen grandes agujeros explicativos. No valen muchas de las formas de entender el mundo que hacíamos servir, no sabemos cómo interpretar lo que nos pasa, vemos que las explicaciones pueden ser múltiples y, ante las contradicciones, optamos por no pensar, no agobiarnos y dejar que la propia tecnología sea el sentido o nos ofrezca sus sentidos.

Quedamos cómodamente inmovilizados o defendemos la vuelta al pasado, el retorno de las explicaciones simples. Sentir el vacío debería llevarnos a hablar de los cambios que las continuas modificaciones digitales producen en nosotros, en nuestras formas de vida, en nuestras pautas educativas, en nuestras maneras de convivir y en la construcción de nuestras sociedades.

También utilizo la palabra “vacío” para referirme al desarrollo, las competencias, las formas de pensar y de relacionarse que necesita la infancia y la adolescencia actuales para poder ser persona en este mundo y que, con frecuencia, no las facilitamos. Los educamos con muchos vacíos.

G.: Pese a los extraordinarios avances tecnológicos en digitalización, parece que aún se les resiste el mundo de las emociones. ¿Piensas que seguirá siendo un muro infranqueable durante mucho tiempo?

J. F.: Parece que emociones y sentimientos quedan fuera, pero el mundo digital, virtual, modula nuestras relaciones afectivas. Define cómo son posibles o no, son construidas y cambiadas en un mundo conectado o desconectado. La cuestión de fondo es si nosotros,

física o virtualmente, nos paramos a considerar cómo nos sentimos, qué es lo que sentimos, de dónde sale lo que nos emociona.

Las redes crean y comparten emociones.

Los adolescentes se construyen en buena parte a partir de identidades digitales. Con demasiada frecuencia e intensidad somos lo que otros dicen, digitalmente, que somos.

La realidad es que, en el universo digital, el mercado consigue crear emociones y definir cómo debemos sentirnos, sin que tengamos tiempo y ganas de ser conscientes de cómo nos sentimos realmente.

No hay lugar, por ejemplo, para la intimidad.

G.: La infancia es el grupo humano más expuesto a los peligros de una digitalización agresiva. ¿Qué propones para garantizar una protección eficaz?

J. F.: El problema de la infancia y la adolescencia actuales no es la tecnología sino un mundo adulto deshumanizado, que quiere controlar su acceso a la tecnología por no resolver la complicada cuestión de cómo se educa en una vida llena de tecnología. Todos los esfuerzos se concentran en conseguir más control. Siempre igual de fácil: que esperen a ser mayores y no entren en contacto con un aparato, una sustancia, una actividad, una realidad. Prohibimos el móvil y se acaba el problema.

Considerar la infancia significa garantizar los estímulos, las experiencias, las relaciones, los aprendizajes que la hacen posible (físicas y virtuales).

Es muy curioso cómo, desde diferentes entornos profesionales, se reclaman protocolos para detectar las “enfermedades digitales” de la infancia y no se escribe ni una línea para exigir horas de madres y padres que puedan estar a su

Despertar del sueño fue comprobar que el mundo digital es una parte de la sociedad de mercado y sus cambios son valores de mercado que se introducen como mercancía en una sociedad de consumo.

lado para imaginar juntos vidas (en papel y en pantalla), no se reclamen horas de tutoría para acompañar descubrimientos digitales, para aprender a navegar y así poder saber.

Podemos conseguir que Meta haga un Instagram “protegido” para menores, pero le dejamos que siga recogiendo sus datos y defina su identidad. Intentamos que no vean porno y nadie les enseña a descubrir los besos y los abrazos.

G.: “Nos deshumanizamos cuando no nos quedan interrogantes”. Con esta frase inicias un capítulo de búsquedas y aprendizajes que deben llevarnos a una realidad más comprensible. ¿Sobran las preguntas o faltan respuestas?

J. F.: Aviso que el cerebro que piensa no vine montado de serie. También reconozco que, a ratos, ser humano resulta agotador. Prestar atención, ser consciente, valorar... Por momentos, la actitud de alerta permanente que parece exigirnos la dimensión digital del mundo nos fatiga.

Encontrar respuestas es una tarea permanente y debería ser más colectiva. Ser humano siempre es dudar. Lo contrario es abrazar dogmas, verdades falsas, soluciones interesadas.

El mundo digital obliga a pensar más y, a la vez, facilita rápidamente respuestas que pocas veces pueden

ser aceptadas sin más. Es un mundo que hace posible que unos cuantos consigan que una mayoría renuncie a pensar y desee vivir en la simplicidad o en una complejidad ilusoria. Todo lo que el mundo digital permite ahorrar en esfuerzos innecesarios para buscar, para relacionar, para gestionar, para seguir caminos de descubrimiento rápido, debe ser invertido en explicarnos, comprendernos, entender mejor el mundo.

G.: ¿La digitalización es una red para enredarnos o para crear otras redes?

J. F.: La cultura de la red no es, no debería ser, otra cosa que el reconocimiento, también en digital, de que ser humanos significa formar parte de una comunidad. La realidad digital lo que ha hecho es generar la posibilidad de que haya otros lugares, diferentes de los presenciales, para ser en comunidad. Aunque, como la lógica del éxito y del beneficio tienen poco que ver con las dimensiones comunes de la condición humana, lo que en realidad está sucediendo es que pone en relación individuos que viven en la misma dimensión, pero no colaboran, ni crean, ni comparten nada común. Viene a ser una red de egoísmos conectados.

Además, los poderes que dominan la red tienden a crear una uniformidad sugestivamente vendida como la

Ser humano siempre es dudar. Lo contrario es abrazar dogmas, verdades falsas, soluciones interesadas.

mejor y la única.

Igualmente, la misma red que nos permite construirnos como sujetos interculturales, sistemáticamente mestizos, también permite las fidelidades a distancia, las seguridades de que lo propio es lo único bueno.

No hay tecnología que abra nada si las personas somos resistentes a abrirnos, descubrir y construir juntos nuevas realidades.

Igualmente, en un mundo abierto también se construyen multiplicidad de comunidades cerradas, ya que no dependen ni del tiempo ni del espacio.

La cultura de la red significa dejarse impregnar por lo que descubrimos en relación. Significa ser algo más que sujetos que buscan datos o aportan datos, para pasar a ser personas que construyen relatos juntos.

La red debería ser una telaraña de relatos que pueden conformar relatos compartidos.

Teóricamente, toda red comporta un nosotros, pero ¿cuál es el sentido de ese nosotros digital?

La red de redes debería servirnos para construir diversos «nosotros».

G.: ¿A más tecnología menos o más humanidad? ¿Qué papel debe jugar la educación en esa mejora?

J. F.: Si aceptamos que siempre nos hemos construido a partir de las oportunidades y los estímulos que encontrábamos en nuestro entorno, debemos aceptar que el universo digital nos está transformando y que para construir esos contextos de educación, de educación mediante los aprendizajes, no queda más remedio que pensar cómo se educa hoy.

Se está conformando una manera digital de percibir e interpretar la realidad. Se modifica nuestra forma de vivir, de relacionarnos, de otorgar felicidad a una u otra experiencia, de definir objetivos vitales...

Tenemos nuevos, mestizos y cambiantes estilos de vida digitales. Algunos de estos pueden conformarse como negativos (igual que algunos analógicos), no por nuevos, sino porque nos llevan a vivir vidas deshumanizadas. No podemos pensar que todo puede ser igual y que podemos seguir educando,

enseñando, de la misma manera. Cómo hacerlo es la tarea que buenos profesionales hace tiempo que crean y aplican. Explicarlo sería tema de otra larga entrevista.

Pero, vistos los líos en los que seguimos en el sistema educativo, déjame que te lea un párrafo del artículo “No sin mi móvil”, que acabo de escribir para el día internacional de los Derechos de la Infancia:

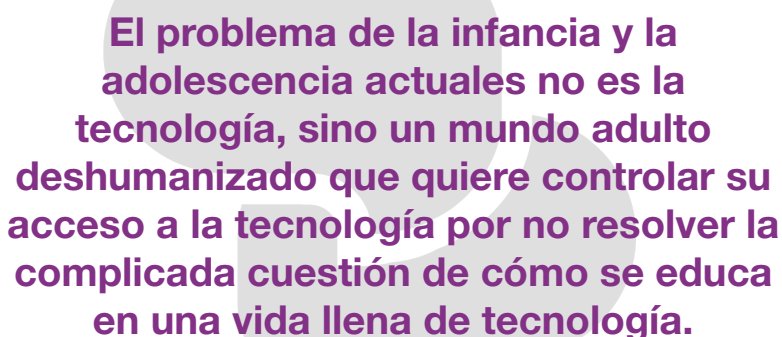
“La batalla de los móviles, desencajada, deja demasiados huérfanos. Chicos y chicas que no usan el móvil, pero no aprenden a pensar, a descubrir la falsedad. Sin saber navegar naufragan. Aprender resulta aburridamente escolar. No queremos que construyan la parte de su identidad que inevitablemente es y será digital y compartida, pero los dejamos en manos del mercado que impone su felicidad (...)

Conviene no olvidar que, a menudo, su mundo físico es más aburrido que el virtual, tienen vidas llenas de agujeros. La vida en el móvil es un problema si tan solo se tiene vida en el móvil. Y el gran problema es tener solo móvil”.

G.: Al final del libro dejas abierta una puerta (código QR) para continuar en comunicación continua con la persona lectora. ¿Es una sospecha de que sobre este tema habrá que seguir hablando durante largo tiempo?

J. F.: El libro solo aborda algunos temas y retos. Pero cada día hay alguna novedad que genera impacto en nuestras vidas y que obliga a pensar nuevas formas de atención. Por eso escribiré nuevos capítulos en un rincón de mi página web. De hecho, ya se puede leer el inicio de un nuevo capítulo sobre el sentido de la lectura: “Humanos lectores”.

G.: Gracias por tu tiempo y tu saber. Seguiremos en contacto con cuanto sigas compartiendo.



El problema de la infancia y la adolescencia actuales no es la tecnología, sino un mundo adulto deshumanizado que quiere controlar su acceso a la tecnología por no resolver la complicada cuestión de cómo se educa en una vida llena de tecnología.